

69/2017

LA LINGÜÍSTICA EN SU MITO, COMO PARADIGMA E IDEOLOGÍA

Xavier Laborda Gil

Universidad de Barcelona

[xlabora en ub.edu](mailto:xlabora@ub.edu)

Resumen

El artículo analiza las obras de Serge Latouche, *Lingüística y economía política* (1973), y Augusto Ponzio, *Gramática transformacional e ideología política* (1972). Son textos que relacionan de manera analógica la lingüística estructural y generativista con la economía y la ideología. El artículo interpreta estos escritos a la luz del giro lingüístico del siglo XX y la actitud estructuralista de las ciencias humanas y sociales. Este estudio utiliza el pensamiento del filólogo y poeta J. A. Valente para comprender el papel de la lingüística como paradigma y mito cultural. En los textos de S. Latouche y A. Ponzio la lingüística es objeto de elogio y de crítica por sus limitaciones en el estudio del discurso.

Palabras clave: historiografía, estructuralismo, generativismo, paradigma, economía, ideología, giro lingüístico.

Laborda Gil, Xavier. 2017.

La lingüística en su mito, como paradigma e ideología

Círculo de Lingüística Aplicada a la Comunicación 69, 160-174.

<http://www.ucm.es/info/circulo/no69/laborda.pdf>

<http://revistas.ucm.es/index.php/CLAC>

<http://dx.doi.org/10.5209/CLAC.55318>

© 2017 Xavier Laborda Gil

Círculo de Lingüística Aplicada a la Comunicación (clac)

Universidad Complutense de Madrid. ISSN 1576-4737. <http://www.ucm.es/info/circulo>

Abstract

The article analyzes the work of Serge Latouche, *Lingüística y economía política* (1973), and Augusto Ponzio, *Gramática transformacional e ideología política* (1972). These texts relate analogically structural and generative linguistics with economy and ideology. The paper interprets these writings with the linguistic turn in the twentieth century and the structuralist attitude of Human and Social sciences. This study uses the thought of philologist and poet J. Valente to understand the role of language as a paradigm and cultural myth. In the texts of S. Latouche and A. Ponzio Linguistics is object of praise and criticism for its limitations in the study of discourse.

Key words: historiography, structuralism, generative grammar, paradigm, economy, ideology, linguistic turn.

Índice

1. La actitud estructuralista, koiné del siglo veinte 161
2. Lingüística y economía política 163
3. Generativismo e ideología política 165
4. El observador de *Diario anónimo* 169
5. Conclusión: esplendor y tensión de la lingüística 171

Bibliografía 174

1. La actitud estructuralista, koiné del siglo veinte

El esplendor de la lingüística, en particular en las décadas de 1960 y 1970, regocijó y se acogió vivamente en todos los ámbitos del saber. La lingüística fue en esa época una *koiné* o código de la ciencia en que se afanaban por expresarse los intelectuales. De aquella actualidad hay muchas pruebas, no pocas por estudiar, con la perspectiva de medio siglo de distancia; por ejemplo, resultan reveladoras las anotaciones del diario del poeta José Ángel Valente (1994), a las que nos referimos al final del estudio. Fue una fiebre cultural que descubre nuevos puntos de vista, de modo que surgieron obras renovadoras, como el ensayo filosófico *Las palabras y las cosas* de Michel Foucault

(1966). Esa actividad académica también alumbró obras osadas y controvertidas, como sucedió con *Lingüística y economía política* (1973), de Serge Latouche, y *Gramática transformacional e ideología política* (1972), de Augusto Ponzio. Esos dos textos son el objeto de análisis de este artículo. Tienen en común su adscripción a la teoría política, con la particularidad de que la primera se centra en economía y la segunda lo hace en la ideología. El estudio que presentamos se ha beneficiado de la ayuda a la investigación FFI2015-64459-P, “La evolución (inter)generacional de las bilingüizaciones: contextos, mantenimientos y substitución lingüísticos”, financiado por MEC (0FIL).

Originalmente estos textos aparecieron como artículos de revistas especializadas y también en un número especial de *L'Homme et la société*. Augusto Ponzio publicó su estudio sobre generativismo e ideología en la revista italiana *Ideologie* (núm. 16-17, 1972, pág. 137-212). Una traducción al francés apareció en la revista *L'Homme et la société* (núm.. 28, 1973, pág. 93-11). Ese número, dedicado a «Estructuralismo, lingüista y marxismo», consta de cinco artículos, entre los cuales figura el de Serge Latouche (pág. 51-70), junto con los de Adam Schaff («La grammaire générative et la conception des idées innées»), Ferruccio Rossi-Landi («Le langage comme travail et comme marché»). Véase los textos en http://www.persee.fr/issue/homso_0018-4306_1973_num_28_1?sectionId=homso_0018-4306_1973_num_28_1_1807

En ese contexto humanístico los artículos de S. Latouche y A. Ponzio no destacan, pero sí lo hacen bajo la circunstancia de su publicación como libros. La buena acogida que obtuvo la lingüística en la transición al último tercio de siglo explica el fenómeno. Los escritos de Latouche y Ponzio se difunden, en versión castellana, en sendos libros de bolsillo de colecciones divulgativas de Argentina. Al separarlos del repertorio en que surgen y convertirlos en voces solistas, se da una muestra de la expectación que despertaba la lingüística, a la vez que se les somete a la delicada prueba de la lectura del público.

En *Lingüística y economía política* y *Gramática transformacional e ideología política* se manifiesta la exposición al fenómeno cultural del giro lingüístico, tan influyente en el paradigma científico y la cultura de la segunda mitad del siglo veinte.. El giro lingüístico surge de la confluencia de la filosofía y la lingüística, que pasan a compartir el lenguaje como foco de sus estudios. Este cambio de paradigma surge de la ruptura de

estas ciencias con su tradición. La filosofía abandona la vía de trabajo de la conciencia y la subjetividad, para dedicarse al mundo objetivable de las producciones discursivas. Por su parte, la lingüística deja atrás la filología y el historicismo para considerar las relaciones sistémicas y sincrónicas del lenguaje.

En esta nueva perspectiva, la lingüística aporta los conceptos de la composición estructural, la autonomía formal del sistema y el valor relacional de los elementos. Con un cuadro teórico original y capaz, la lingüística lidera el desarrollo científico en la segunda mitad del siglo veinte. Aparece como modelo indiscutible para las ciencias sociales, que no sólo adoptan su nomenclatura sino que asumen como interés común el estudio del lenguaje. Es notorio el influjo de la lingüística en la antropología, la filosofía, la psicología, la economía política y la sociología, además de otros ámbitos aparentemente alejados, como la arquitectura o la novela. Las dos obras que pasamos a comentar son un epítome de aquel rotundo éxito.

Sobre la relación de la arquitectura y la lingüística puede ilustrar el episodio del Simposio Internacional de Arquitectura de 1972 (Castelldefels, Barcelona), dedicado a la semiótica y el generativismo en la arquitectura (Laborda 2009). Una muestra admirable del efecto cultural del estructuralismo es la novela de Anthony Burgess, *M/F* (1971), en la que desarrolla una trama de oposiciones binarias de personajes y otros elementos narrativos (Burgess 1990: 287-89, 318). A su vez, bajo el signo del generativismo y la antropología aparece la novela de Ian Watson, *The Embedding* (1973), sobre experimentos lingüísticos en una comunidad amazónica.

2. Lingüística y economía política

El texto de Serge Latouche, *Lingüística y economía política*, parte de la lingüística saussureana para establecer relaciones, sea de semejanza o de oposición, con conceptos de economía. El autor se hace eco de un pasaje en que Saussure menciona la afinidad que en la noción de valor comparten la lingüística y la economía política. «En ambas ciencias –escribe en el *Curso de lingüística general*–, se trata de un sistema de equivalencias entre cosas de orden diferente: en una un trabajo y un salario, en la otra un significante y un significado» (Latouche 1973: 22). Con esta cita el articulista quiere apartar una objeción fundamental a su estudio, la de calificar como incongruente la

vinculación de la ciencia de las palabras con la de las mercancías y la fuerza de trabajo, porque a ello se refiere Saussure de modo positivo en diversas ocasiones (Latouche 1973: 11).

La analogía que establece entre ciencias se apoya en la semiología, es decir, en la tradición francófona. Más concretamente, la exploración de ese terreno compartido hace pie en el signo lingüístico y en la función de valor. Concibe el acto económico como un ejemplo de un sistema simbólico, en el que intervienen el trabajo y la retribución del salario. La identidad formal de los métodos lingüístico y económico parte de la distinción entre actuación y sistema. Lo que en lingüística son el habla y la lengua, en economía corresponde al acontecimiento y el sistema. En economía, el sistema es «el fenómeno económico menos el acontecimiento» (Latouche 1973: 16). La primacía de lo formal se logra con la preeminencia del fenómeno o todo aquello sistémico. En este ámbito se cifra la economía pura, frente a la economía aplicada, monetaria y coyuntural.

La siguiente distinción se refiere a la diacronía y la sincronía. A los ojos de Latouche surge la dificultad de reconciliar el planteamiento sincrónico de Saussure con la importancia que la historia económica tiene para su dominio. Predica de la sincronía el concepto de circuito y a la diacronía atribuye el concepto de evolución. El circuito destaca por el equilibrio que impone entre la producción, sus costos y los precios. A su vez, de la evolución o historicidad se ocupa el análisis de «los factores de modificación de los elementos del sistema» (Latouche 1973: 19).

Ahora bien, no obstante la clara separación entre sistema e historia, en la economía se da la particularidad de que no es posible concebir el sistema y la evolución disgregados. En realidad, «los esquemas de reproducción ampliada y los modelos de crecimiento están a caballo entre la sincronía y la diacronía» (Latouche 1973: 19). La objeción es similar a la que haría la filología a la lingüística. Sea como fuere, Latouche reconoce que se puede encajar las dos dimensiones, diacronía y sincronía, en la economía de este modo. El análisis diacrónico es «la historia de los modos de producción como conjunto articulado que da sentido a los elementos de que se compone». En consecuencia, el análisis diacrónico cumple un papel subalterno. El sistema es lo primario y la diacronía resulta secundaria, porque añade «la historia de los elementos constitutivos y de su ubicación en el sistema» (Latouche 1973: 20).

El punto culminante de este paralelismo conceptual es el signo lingüístico y la noción de valor. La composición del signo lingüístico en significante o elemento perceptible y significado o elemento referencial se proyecta en el campo económico del siguiente modo. Lo propio de la economía, desde un punto de vista productivo, es el trabajo y el salario con que se retribuye. El trabajo se corresponde con el significado o componente referencial y el salario con el significante o componente material.

Latouche establece de ese modo la analogía del mercado de trabajo como sistema de signos. La clave de cierre del modelo es la noción de valor. «Lo análogo del significante es el dinero o la moneda que sirve para pagar el trabajo como valor de intercambio» (Latouche 1973: 23). Una determinada cantidad de dinero representa y desplaza cierta cantidad de trabajo. El dinero asume valor de intercambio y el trabajo tiene valor de uso. La unión de estos dos ámbitos genera la mercancía, esto es, el signo lingüístico. «La masa de valores de uso se convierte en mercancía sólo por el intercambio que la vincula con el equivalente general», añade Latouche (1973: 23s). La equivalencia de un trabajo en un salario comporta que se convierta en mercancía y en signo. La mercancía entra así en un sistema de significación que lo torna inteligible y socialmente útil.

En estas palabras se concentra el análisis marxista de la economía en curiosa combinación con el estructuralismo. Usa algunos textos de la lingüística y la filosofía. Apela a la analogía incidental entre lengua y economía que anota Saussure en el *Curso de Lingüística*. También se hace eco de las nociones de sistema de Roland Barthes y Louis Hjelmslev. E incluye referencias al filósofo Jean Baudrillard, en aquel tiempo inspirado por el estructuralismo, y a la antropología de Claude Lévi-Strauss. Con estos materiales de autores ilustres Latouche reviste la economía con ropaje de la lingüística estructural. Sin embargo, ello no es el propósito sino el medio para poner al día el estudio marxista de la economía política, que se relaciona mejor con la ideología política que con la economía teórica.

3. Generativismo e ideología política

Si Latouche ha escogido el marco general de la semiología, Augusto Ponzio (1972) se centra en la corriente chomskiana del generativismo transformacional. Su objetivo resulta llamativo porque señala una relación inédita entre el generativismo y la política.

A diferencia del estudio de Latouche, que extiende de modo analógico la noción de signo a un campo alejado del lenguaje, Ponzio explora una vinculación que hasta su incursión resulta una verdadera incógnita: gramática y crítica de la ideología. Es una incógnita y una extravagancia porque esa vinculación no forma parte del planteamiento de la lingüística.

Para este propósito no basta la semiología, que parece de trazo generalista y de menor actualidad. Ponzio reconoce en la gramática transformacional la culminación de la lingüística. Considera que esa supremacía se debe a que desborda la explicación gramatical y asciende al rango de filosofía del lenguaje. A partir de esa perspectiva inaugural, la lingüística generativa extiende su capacidad reflexiva a la crítica radical de la tradición. Con estas premisas Ponzio manifiesta al comienzo de su escrito el respeto que le merece el generativismo. En este sentido añade que no se diferencia de las escuelas precedentes, pues estructuralismo y generativismo son incapaces de explicar el componente ideológico del lenguaje. «Esto significa –aclara Ponzio–, que, como la lingüística taxonómica, contra la cual toma posición, la teoría de la gramática transformacional, a pesar de ciertas apariencias debidas a la terminología que emplea, elude el problema de la *producción lingüística*» (Ponzio 1972: 8). Como se observa en la cita, las cursivas del autor destacan el concepto de la «producción» o, en términos chomskianos, de la actuación.

Por las explicaciones que se dispone a dar sobre la teoría chomskiana, Ponzio no desconoce dos principios elementales, con los cuales parece entrar en contradicción. El primero es que el generativismo no se ocupa de la producción discursiva sino de la competencia lingüística. Su meta es el modelo individual de gramática, aquello que tiene un carácter abstracto, del que se seguirá la actuación y que, por lo tanto, tiene un carácter derivativo y menos relevante. Dicho esto, la crítica de Ponzio no peca de desinformada sino que emplaza al generativismo a cubrir aquello que cree necesario: la producción lingüística.

El segundo principio de la lingüística –a falta del análisis del discurso crítico, que tomará cuerpo más adelante– es que se ocupa formalmente del lenguaje y de sus productos, como hace la gramática del texto. Pero no se ocupa de los componentes ideológicos, cuyo estudio reclama Ponzio. Pues bien, Ponzio sostiene, contra el modelo

del generativismo, que es de interés científico el análisis de la actividad comunicativa y de sus efectos políticos mediante sus causas ideológicas. Su objetivo se cifra en «ampliar la discusión sobre la elaboración de una teoría lingüística que –a través de la crítica de la teoría lingüística chomskiana– rompa con los esquemas, las categorías, las perspectivas de la lingüística de los *lingüistas*, es decir, de la lingüística como ciencia separada» (Ponzio 1972: 8).

En consecuencia, lo que podría concebirse inicialmente como homenaje al generativismo se convierte en una crítica por la limitación que adolece, según una perspectiva de ciencia política. El atrevimiento de Augusto Ponzio tiene la justificación de que el propio Chomsky sostiene opiniones políticas en obras de ensayo. De ahí que el plan de trabajo de Ponzio sea examinar «las relaciones entre la lingüística y la ideología política de Noan Chomsky a través de sus escritos sociopolíticos» (Ponzio 1972: 8).

Resulta llamativa la combinación de respeto por la lingüística generativa y de atrevimiento al proclamar, a modo de manifiesto, que la lingüística no debe pertenecer en exclusiva a los lingüistas ni tener una existencia separada de las ciencias humanas y sociales. El elogio entusiasta de la lingüística no impide al autor parafrasear la conocida idea de que cualquier actividad, sean la política o la salud pública, por ejemplo, es demasiado importante como para quedar exclusivamente en manos de los profesionales de la especialidad.

De un conjunto de catorce partes de que se compone el texto de Ponzio, ocho epígrafes están dedicados al respeto y seis a la crítica del generativismo. Por respeto entendemos la sucesión de explicaciones de la buena nueva del generativismo. No basta con mencionar esta corriente lingüística, sino que el autor se siente obligado a exponer con detalle los principios chomskianos. Da cuenta de la competencia, la creatividad, la comprensión de las frases, el discernimiento de la agramaticalidad y la superación del conductismo psicológico. Este repaso sucinto pero preciso del programa generativista muestra que no parece sensato hacer una exégesis del generativismo *in media res*, sino que es preciso desplegar unos prolegómenos generales.

Más allá del recurso previo a entrar en materia, Ponzio aprovecha este recordatorio del modelo chomskiano para incluir las voces de autores críticos, como Charles Hockett o Giulio Lepschy. De ellos extrae argumentos relevantes para discutir la concepción del

hablante ideal –Hockett– y la pugna entre la lingüística taxonómica y la racionalista –Lepschy–. Tras este repaso de lo dado llega la sección en que el autor propone levantar una nueva planta. La denomina teoría crítica de la producción lingüística. Esa teoría se habrá de ocupar de la ideología, concebida como la representación de la realidad que se expresa y comunica en las frases de los individuos.

La primera dificultad se halla en la dualidad de las estructuras superficial y profunda del lenguaje. Según ello el hablante, aunque sepa de lo que escucha y dice, puede desconocer la ideología que alienta el discurso en el nivel más hondo. Pero quizá la mayor dificultad estriba en la indiferencia del generativismo respecto de la cuestión ideativo-social, que queda allende sus intereses formalistas. Las estructuras permiten un análisis estático y atemporal, afecto a abstracciones de interlocutores ideales, pero no a fenómenos dinámicos, históricos ni sociales.

El empeño de Ponzio –y otros como Ferruccio Rossi-Landi– por relacionar la lingüística con la política se habría podido ver entonces, en 1972, como una obstinación estólida. No fue así, al menos no de manera inequívoca. Carece de justificación la petición de que la lingüística infringiese su estatuto científico para aventurarse en una empresa apropiada para las ciencias políticas. Pero tiene una explicación que no tiene nada que ver con la estulticia. No podemos culpar a quien deseaba recibir en su casa como invitada a una eminencia, la estrella de las ciencias. De nada serviría reprocharle ahora su aspiración a vincularla a su tarea de crítica ideológica.

La ingenuidad de estas maniobras asociativas aparece sin paliativos en la solución que arbitra A. Ponzio para salir del callejón en que se halla. «La ideología de la teoría lingüística de Chomsky se evidencia con mayor claridad cuando se examinan sus escritos de carácter político» (Ponzio 1972: 71). Vuelca su mirada Ponzio en los ensayos políticos de Chomsky, como *La responsabilidad de los intelectuales* (1969). Con esta acción descubre la incongruencia que han criticado sociolingüistas y antropólogos en la obra de Chomsky. El pensamiento libertario de éste, tamizado del liberalismo de los padres fundadores americanos, Jefferson y Paine, forma parte de su activismo intelectual contra la guerra y el imperialismo. Pero no le lleva a implicarse profesionalmente en la suerte de las lenguas amenazadas.

En realidad, no es una ingenuidad la invitación que formula Ponzio al generativismo

para que se proyecte su modelo a la ideología. Su aparente hospitalidad le permite revisar la ideología de socialismo libertario que sostiene Chomsky. A los ojos de Ponzio, el pensamiento de Chomsky está impregnado de valores liberales, antaño progresistas, hogaño conservadores. Y, por extensión, eso predica del generativismo. «En lugar de estar orientada infrahistóricamente hacia el futuro, la ideología chomskiana permanece ligada extrahistóricamente al pasado» (Ponzio 1972: 85).

Con esta crítica el texto de Ponzio da un giro imprevisto. La exposición de las claves generativistas deja paso al examen de las ideas políticas de Chomsky. Argumentalmente ese camino conduce a una falacia, pues mezcla el modelo con el creador. El éxito del generativismo y la notoriedad pública de su artífice explican este dislate. La indefensión del intelectual norteamericano no radica tanto en este emplazamiento forzado cuanto en la comparación de sus ideas con el marxismo a que le somete A. Ponzio. El ensayista concluye con un juicio perentorio: el individualismo, el moralismo y la falta de carácter científico son defectos del socialismo chomskiano, a diferencia del colectivismo, el materialismo y el científicismo del modelo marxista, por el que aboga Ponzio.

4. El observador de *Diario anónimo*

La presentación hecha hasta aquí de los textos de Serge Latouche, *Lingüística y economía política* (1973), y Augusto Ponzio, *Gramática transformacional e ideología política* (1972), ilustra sobre el reconocimiento que obtuvo la lingüística en los sesenta y setenta del siglo XX. Fue centro de atención no sólo por sí misma sino también en relación con otras disciplinas. En estos casos, con las disciplinas de la economía y la política. El esplendor científico de la lingüística animó a otros intelectuales a aplicarla para abrir caminos nuevos en sus campos, con resultados llamativos, aunque no siempre por su acierto o brillantez.

El rasgo común de esa época es la actitud estructuralista, que se comunica con vigor inusitado a las ciencias humanas y sociales. La lingüística constituye en aquel entonces una referencia de cambio de perspectiva. De este éxito arrebatador dan cuenta fuentes públicas, periodísticas o académicas, como es el citado caso del congreso de arquitectura de 1972 o los textos de S. Latouche y A. Ponzio. Pero también dan pruebas clarividentes algunas fuentes privadas, cuando se desvelan, como ha sucedido con el

Diario anónimo (1959-2000) de José Ángel Valente, publicado póstumamente en 2012. La obra poética de José Ángel Valente (Orense, 1929 – Ginebra, 2000), que ha marcado la literatura española en la segunda mitad del siglo XX, es la expresión de su compromiso artístico y teórico con el estudio del lenguaje. A este respecto es significativa su formación como filólogo y sus ocupaciones como docente y, más tarde, traductor e intérprete en organismos internacionales de Ginebra y París.

En sintonía con las vanguardias, Valente concibe la lingüística como una «rama particular de la psicología del conocimiento» que puede inspirar a la poética mediante la reflexión de la creación verbal. Al respecto se manifiesta en un artículo de 1963, «Conocimiento y comunicación», incluido en J. A. Valente (1971): *Las palabras de la tribu*, Barcelona, Tusquets, 1994 (pág 19). Entrando más en detalle, considera que la taxonomía estructural, anclada a los principios de la psicología del estímulo y la respuesta, bien puede dejar paso a otra más generativa y creativa. De esto habla en público y resulta evidente su motivación cultural. Resulta llamativo que en su *Diario anónimo (1959-2000)*, cuaderno de notas originalmente destinado a un uso particular, hallemos muchas otras referencias a la lingüística y al estudio del discurso, junto con notas de poética y apuntes autobiográficos.

Las menciones a que nos referimos abundan en los años sesenta, durante la eclosión no sólo científica sino cultural de la lingüística. A la anotación de 1964, capital en su contenido, le siguen otras de valor afín sobre la lingüística en agosto de 1965, sobre la revista *Ianua Linguarum*, el *Traité de phonétique* de 1933 de Grammont, el Círculo Lingüístico de Praga y R. Jakobson, S. Karcevsky y N. Trubetzkoy (pág. 91); en septiembre de 1965, sobre la poética de Jakobson o sobre Sapir y la comunicación, según Lepschy (pág. 93); en octubre de 1965, sobre el predominio teórico y técnico de la comunicación (pág. 94); en 1966, sobre las propiedades textuales según santo Tomás: (p. 105); en diciembre de 1967, su visita en La Habana al Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias, donde trabajaba Lezama Lima. (pág. 116-7); y en marzo de 1967, a propósito de ciertos conceptos de E. Benveniste (pág. 127).

En una página del diario, en julio de 1964, Valente anota que el estructuralismo, más allá del método de la investigación lingüística, «es hoy uno de los temas o características de la vanguardia». Especifica que la vanguardia consiste en una actitud

estructuralista. Para Valente, el efecto más poderoso de la actitud estructuralista no está tanto en su expansión cultural, cuanto en que «ocupa parte del terreno abandonado por la actitud política e ideológica» (Valente 2012: 78).

Concluye su razonamiento Valente, en este pasaje de 1964, con una observación clarividente. Para realizar esa reflexión se fija en el mundo intelectual francés, tan capaz e influyente mundialmente. Valente considera que el paradigma estructuralista, la ideología científica reinante, tiene un efecto despolitizador en los intelectuales. En otras palabras, la *koiné* científica de la época ejerce una sugestión irresistible en las humanidades, que segregan analogías teóricas a propósito de la semiótica o la sintaxis generativa. Pero el paradigma se proyecta más allá del mundo científico y alcanza la dimensión de mito cultural. Asume el papel de ideología formalista, pues concibe la realidad como articulación de formas simbólicas del lenguaje, pero no de sentidos discursivos ni pautas ideológicas. La consecuencia es que, desde el punto de vista de la política, la lingüística constituye una ideología despolitizadora, a diferencia de lo que sucede con el marxismo o el socialismo libertario.

5. Conclusión: esplendor y tensión de la lingüística

La tesis de José Ángel Valente aporta una clave idónea para captar el espíritu cultural de los años sesenta y setenta del siglo XX. Ofrece elementos que permiten interpretar en un contexto amplio los textos que hemos presentado de Augusto Ponzio (1972) y Serge Latouche (1973). La tesis de Valente refiere dos factores fundamentales: el esplendor y la tensión de la lingüística. El esplendor concuerda con la conocida actitud estructuralista que se pulsa en las ciencias humanas de la época. La tensión tiene que ver con un éxito que sobrepasa las expectativas de la propia empresa. El efecto de la clamorosa recepción es paradójico puesto que la lingüística se proyecta más allá del paradigma científico y asume el rango de ideología despolitizada.

Hasta donde sabemos, el sentido de la anotación privada de Valente ha pasado desapercibida para la historiografía lingüística. No nos referimos tanto a sus palabras, asombrosamente contemporáneas de los fenómenos que analiza, cuanto a un juicio con perspectiva histórica que no hemos leído en ningún otro lugar. Ello justifica la afirmación de la novedad de la tesis de Valente, inédita hasta nuestros días. La

oportunidad que halla el historiador en una fuente como el *Diario anónimo (1959-2000)* de José Ángel Valente se ve refrendada en la aseveración del escritor inglés John Ruskin. Escribe en su *Diario italiano 1840-41* que «es fastidioso llevar un diario, aunque también una gran delicia haberlo llevado» (citado en Norberto Bobbio, *De senectude y otros escritos biográficos*, Madrid, Taurus, 1997, pág. 7). Así es para el historiador de la lingüística, que como lector agradece la delicia de un pensamiento tan perspicaz.

Pasados los años sesenta, las referencias a la lingüística son escasas en el diario de J. A. Valente. En octubre de 1980 menciona una edición francesa de la *Gramática filosófica* de Wittgenstein. Sin anotaciones alusivas hasta 1990, copia en este año aforismos del *Oráculo manual* de Gracián. En 1991 menciona ideas de Chomsky en *Language and mind* y *Lingüística cartesiana*, sobre el lenguaje como elemento finalista de la comunicación. En noviembre de 1992 se hace eco del discurso de Chomsky en que acepta la cátedra José Ferrater Mora de la Universidad de Gerona.

En las dos obras de S. Latouche y A. Ponzio se puede reconocer los rasgos del esplendor y de la tensión que experimenta la lingüística. Son textos que proponen la asociación de conceptos lingüísticos a los campos de la economía y la política. Serge Latouche aplica en *Lingüística y economía política* (1973) el esquema del signo lingüístico para discernir el trabajo y el salario como significante y significado, respectivamente. Lo que es lo mismo, como valor de uso y valor de intercambio. Pero el autor se enfrenta a dos dificultades insalvables. La dificultad teórica consiste en la perspectiva sincrónica del estructuralismo, que comporta desatender la evolución histórica de la economía. La dificultad material surge de la naturaleza de la economía, dominada por fuerzas sociales y políticas, muy diferente por lo tanto de la naturaleza simbólica del lenguaje. La moraleja es que avanzar por la vida de la economía con herramientas lingüísticas es descorazonador.

El ensayo sobre *Gramática transformacional e ideología política*, de Augusto Ponzio (1972), despliega un recorrido argumental mayor. La exposición que, a modo de prontuario, realiza de los conceptos del generativismo es la parte complaciente del plan que ha trazado el autor. El nudo de la cuestión, que plantea a continuación, es la crítica del generativismo por dos razones difícilmente acumulables. La primera se centra en la

impermeabilidad del modelo a factores sociales e históricos, por lo que carece de una visión dialéctica. La otra razón, substituta de tal vacío, es el ideario personal de Noam Chomsky como activista, al que achacan el defecto de no corresponder con el marxismo.

En conjunto, la exploración interdisciplinar de Latouche y Ponzio muestra una considerable osadía. Los ensayistas parten del reconocimiento de la primacía de la lingüística. Se trata de la alabanza de una primacía teórica y, posiblemente también, ideológica, en el sentido débil o cultural que señala Valente. Ahora bien, esta prueba de enaltecimiento se convierte en crítica por la incapacidad de la lingüística para explicar todo lo que se refiere a la actuación: la sociedad, la historia y la ideología. Que el generativismo se declare ajeno a la dimensión productiva del discurso y de sus relaciones dialécticas, como entienden Ponzio y Latouche, no parece una razón para dejar de exigirle responsabilidades por ello.

Puede interpretarse como una osadía impertinente invocar, en nombre del paradigma aclamado, y exigirle lo que no está dispuesto o capacitado para aportar. También, la libertad de asociar el modelo lingüístico a la economía política y la ideología puede parecer una ingenuidad de diletantes. Pero responden a un interés razonable las críticas que formulan estos ensayistas. Son coincidentes, en buena parte, con las críticas de lingüistas funcionales, etnógrafos y sociolingüistas.

Al revisar las ideas de S. Latouche y A. Ponzio la historiografía lingüística reconoce unos materiales históricos reveladores de la actitud estructuralista de su tiempo. A pesar de la excentricidad y desmesura que les caracteriza, sus obras componen pasajes de la controversia que con resultado irreurlar mantuvieron algunas voces frente al mito de la lingüística. Las disciplinas humanísticas y naturales acogieron en los años 60 y 70 del pasado siglo su teoría del lenguaje. La tradición cuenta que, sin embargo, su predominio teórico se puso en duda. La lingüística perdió su rango de paradigma general y se desvaneció el mito, porque no explicó el lenguaje como comunicación y construcción de la experiencia social.

Bibliografía

- Burgess, Anthony (1973): *M/F*. Harmondsworth: Penguin Books.
- Burgess, Anthony (1990): *Ya viviste lo tuyo*, Barcelona, Mondadori, 1993.
- Chomsky, Noam (1969): *La responsabilidad de los intelectuales y otros ensayos históricos y políticos : los nuevos mandarines*. Barcelona: Ariel, 1969.
- Foucault, Michel (1966): *Las palabras y las cosas*. México, Siglo XXI, 1968.
- Laborda, Xavier (2009): «Esplendor social de la Lingüística y el Simposio de Arquitectura de 1972 en Castelldefels», *CLAC* 39 (IX-2009), p. 94-116.
- Latouche, Serge (1973): *Lingüística y economía política*. Buenos Aires: Rodolfo Alonso Editor, 1975.
- Lepschy, Giulio C. (1961, 1965/1966): *La lingüística estructural*. Barcelona: Anagrama, 1971.
- Ponzio, Augusto (1972): *Gramática transformacional e ideología política*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1974.
- Valente, José Ángel (1971): *Las palabras de la tribu*, Barcelona, Tusquets.
- Valente, José Ángel (1994): *Diario anónimo (1959-2000)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012
- Watson, Ian (1973): *Empotrados*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, 1977; Barcelona, Ediciones Orbis, 1986.

Recibido: 2 de junio de 2016

Aceptado: 14 de febrero de 2017

Publicado: 28 de febrero de 2017